

RILKE: CANCIÓN Y ELEGÍA

Como muchos adolescentes que sintieron la llamada de la apacible selva de la literatura a comienzos de los años setenta, yo comencé a descubrir autores bajo el amparo editorial de una doble A: la clásica Austral y la moderna Alianza. De la primera conservo aún la *Antología* de Rilke preparada por Jaime Ferreiro Alemparte. De la segunda, también puedo repasar ahora la breve biografía del poeta escrita por Hans Egon Holtusen. En los dos libros anoté la fecha de su adquisición: marzo de 1974.

A ese temprano disfrute y conocimiento de la obra y la vida de Rilke han ido añadiéndose en tantos años distintas traducciones de sus poemas, ensayos sobre su obra, acercamientos biográficos... ¿Qué es lo que hace, pues, que los que nos tenemos por conocedores del personaje esperásemos con avidez, desde que supimos que trabajaba en ella, esta nueva biografía? Se trata de una cuestión de preposiciones: estamos ante un libro *sobre* Rainer Maria Rilke, pero también ante un libro *de* Mauricio Wiesenthal.

Un libro que su autor, según deja caer como al descuido en una de estas páginas, comenzó a preparar hace más de cuarenta años, más o menos cuando el adolescente sevillano que yo era entraba, admirado y cauteloso, en el bosque de las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo*.

Mauricio Wiesenthal es hombre de múltiples entusiasmos y diversos saberes. Autor de libros de viajes, de trabajos sobre historia de la medicina, reconocido enólogo, músico, fotógrafo, perfumista... En definitiva, un curioso no impertinente, una persona cuyo afán es conocer, un autor que, frente a la especialización, “prefiere la sabiduría universal que reconoce una ignorancia general.” Después de algunos años de dispersión editorial, todas sus vivencias y lecturas, la búsqueda de sus maestros, sus viajes y reflexiones volcadas en amenos artículos y ensayos, encontraron acomodo en dos libros personalísimos, *Libro de réquiems* (2004) y *El snobismo de las golondrinas* (2007). El primero, un conjunto de evocaciones de personajes (en el que ya dedicaba un capítulo a Rilke); el otro nos acercaba a diversas ciudades de prestigio cultural, pero los dos hablaban también, y mucho, de su autor, que publicó en 2013 *Siguiendo mi camino*, unas muy interesantes memorias trazadas al hilo de las canciones, las cartas y la amistad.

Mauricio ha escrito una biografía desacostumbrada, que más que detenerse en la interpretación de la obra, pretende acercarnos a la compleja figura del poeta, aunando una gran cantidad de datos con el intento de comprender actitudes y obsesiones, decisiones vitales y sentimientos. Partiendo de la admiración hacia la obra de Rilke, hay una voluntad de cambiar su imagen romántica y angélica, de sortear el “intrincado laberinto de trampas” en el que han caído otros biógrafos. No es, por tanto, una biografía complaciente, pues no se dejan de recordar las lagunas de su formación autodidacta, su esnobismo (y algo hay en el poeta de golondrina viajera), su dandismo afectado, su donjuanismo egoísta, la despreocupación por su única hija o sus vaivenes en el terreno de la política, con aproximaciones al anarquismo y al naciente fascismo.

Para Mauricio, el secreto de la poesía de Rilke consiste en “penetrar en la oscuridad de la memoria interior, sin miedo a la locura y sin temor a la muerte.” El poeta concibió siempre su entrega a la poesía como un sacerdocio, y por ello no nos deben extrañar los títulos de cada una de las partes de esta biografía: “El novicio”, “El oficiante”, “El sacerdote ante el altar”.

A esa alta misión, que nos ha dejado bastantes poemas esenciales del siglo XX, el poeta pudo dedicarse gracias a la generosidad de editores y mecenas, a la “hospitalidad aristocrática del Ancien Régime”, y a la continua compañía de mujeres, desde Lou Andreas Salomé, referencia constante desde su juventud, hasta la princesa Marie von Thurn und Taxis, quizá las dos que mejor le comprendieron, pasando por su esposa Clara Westhoff y un sinfín de mujeres atraídas por este seductor incapaz de amar, huyendo siempre del compromiso. De ahí que estas páginas estén llenas de nombres femeninos, no siempre artistas y aristócratas, que Mauricio resume en una pintoresca letanía: “la rusa, la monja portuguesa, las actrices en busca de éxito, las niñas perdidas, las pintoras, las princesas y las libertarias anarquistas.”

El cumplido retrato del poeta se destaca entre los hechos históricos de una época tan decisiva y entre los importantes personajes con los que tuvo relación, y que también son analizados en estas páginas: Auguste Rodin, del que fue secretario, León Tolstoi, Stefan Zweig, Eleonora Duse, André Gide, Paul Valéry, Balthus... son algunos nombres de una larga lista.

Una biografía es también una geografía, y muchos fueron los países que recorrió, en una vida no demasiado larga, Rilke. Una geografía de ciudades importantes:

Praga, París, Berlín, Munich, Dresde, Viena, Venecia... pero también la geografía más doméstica de hoteles y palacios, de castillos y balnearios, y una sucesión de esos paisajes con los que tanto se identificó el poeta, “lugares azotados por el viento: las estepas de Rusia, los arrecifes de Capri, las rocas de Duino y las montañas de Ronda, y el tempestuoso Valais”.

Para Lewis Carroll, el hombre es un animal que escribe cartas, y Rilke las escribió incesantemente, y con una profundidad y una belleza por las que ya forman parte de su obra literaria. Mauricio utiliza bastantes fragmentos de esa correspondencia, pero con el acierto de no cargar las páginas con notas al pie, porque “le dejan siempre la impresión de que el editor no está de acuerdo con lo que dice el autor.” Compensa esa ausencia con una amplia bibliografía, en la que no se descuida todo lo que de y sobre Rilke podemos encontrar en castellano.

No hay que temer, pues, a las más de 1100 páginas del libro, editado con la elegante sobriedad de Acantilado, porque la completa investigación e interpretación se resuelven en una escritura que envuelve al lector con sus logradas imágenes, con esas reiteraciones expresivas que son las que trazan y aclaran los episodios de una vida. Esos “¡Cuidado con los símbolos!” que van dejando pistas sobre las misteriosas correspondencias, las aparentes coincidencias, los sueños premonitorios... Esos “Recuerdo...” con los que Mauricio comparte con nosotros sus paseos por las ciudades y paisajes que habitó Rilke y sus encuentros con personajes que pueden ser ancianas (el cabello no cano sino plateado), campesinos o escritores como Nikos Kazantzakis o Paul Morand...

En una de las páginas venecianas de su *Esnobismo...* escribe Mauricio acerca de una “columna de mármol verde que hay en una iglesia antiquísima -cuyo nombre nunca revelaré-, y que es el monumento mágico más maravilloso de Venecia”.

Yo creo que las columnas de mármol verde que sostienen esta biografía, con el telón de fondo de una Europa ya perdida, son la oposición entre racionalismo y espiritualidad, y la presencia constante de la sabiduría femenina, ese “pensar con el corazón” de las que Wiesenthal llama Reinas de la Noche, que predicán la emoción como vía de conocimiento. Entre esas dos columnas, como un Hércules conflictivo, encontramos a Rainer María Rilke, y su “Plus ultra” podría ser ese “más allá” que

buscaba con empeño en sus veladas ocultistas, como consumado médium, pero “asumidas siempre con una distancia estética y moral”.

Mauricio escribe unas cartas sagaces, cariñosas e intrépidas y en la primera que recibí dedicaba unas líneas a comentar mi acercamiento biográfico a Joaquín Romero Murube sin dejar de señalarme que en toda biografía conviene dejar algunas zonas de sombra. En estos centenares de páginas, de subtítulo tan acertado, “El vidente y lo oculto”, tenemos una completísima aproximación al personaje y a su mundo, desde teorías estéticas o interpretaciones psicológicas hasta los detalles cotidianos que aumentan la cercanía: su modo de vestir, su manía de escribir de pie, su gusto por las rosas blancas, su perfume preferido, las hojas de papel gris azulado en su escritorio...

Pero es verdad que entre el que “busca su destino de Caballero Andante en su poesía, en el sacrificio y en el dolor” y el que derrocha los donativos de su protectores en balnearios de lujo, hay alguna zona sombreada que Mauricio Wiesenthal deja iluminada a medias, seguramente para no desmentir del todo el último verso escrito por Rilke: “He subido a la hoguera inquietante del dolor. No hay nadie que me conozca”.

Juan Lamillar